

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO



TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

MANUEL RODRIGO GÓMEZ TORREJANO

FORMAS DE UNA FOTO

BOGOTÁ

2024

*Para Gloria y Alberto,
Por la vida.*

*Para el Pote,
Por ser cuidador de la memoria.*

*Para Lina Constanza,
Por todo lo demás.*

Agradecimientos

Quiero agradecer a los compañeros y profesores de la Maestría en Escritura Creativa del ICC. Han sido dos años de profundos aprendizajes, de disfrute y también de crear afectos. Mi relación con la lectura y la escritura no será la misma. Quiero agradecer en particular a aquellos compañeros con quienes compartí el taller de tesis del segundo semestre del 2023. Ese taller estuvo bajo la dirección de Fernanda Trías, quien es también la directora de este trabajo de grado. Mi agradecimiento con ella es infinito. Su lectura de cada paso que fue dando este relato fue cuidadosa, su acompañamiento riguroso y sus aportes invaluable.

Quiero agradecer a Rodrigo Torrejano Jiménez, que no solo ha cuidado de la memoria de la familia, sino que ha sido mi hermano, mi amigo más cercano, y el cómplice de este y otros proyectos. El archivo que se ha construido junto con este relato no existiría sin su esfuerzo.

Quiero dar gracias a mi madre y mis tíos que me brindaron y recrearon para mí sus historias, incluso cuando fue difícil revivirlas.

Quiero agradecer a Lina Constanza Erazo por su amor, su lectura y por ser mi compañera en la vida.

Hoy creo más que nunca que la escritura necesita de lo colectivo. En lo místico y en lo práctico. Que nace de lo colectivo. El esfuerzo solitario frente al computador solo tiene sentido por esa red que se forma en torno a la creación. Este pequeño relato da fe de eso.



**AUTORIZACIÓN DEL AUTOR PARA CONSULTA Y
PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TRABAJO DE
GRADO**

Código: FOR-F-2
Versión: 1.0
Página 1 de 1
Fecha: 17/03/2022

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. Trabajo de grado requisito para optar al título de: Magister en Escritura Creativa

2. Título del trabajo de grado: Formas de una foto

3. Autoriza la consulta y publicación electrónica del trabajo de grado:

Sí autorizo a la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

4. Identificación del autor

Firma: 

Nombre completo: Manuel Rodrigo Gómez Torrejano

Documento de identidad: 1032377849

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Gómez Torrejano	Manuel Rodrigo

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Trias Patron	María Fernanda

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: MAGISTER EN ESCRITURA CREATIVA

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: FORMAS DE UNA FOTO

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

CIUDAD: BOGOTÁ

AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2024

NÚMERO DE PÁGINAS: 66

TIPO DE ILUSTRACIONES: N/A

MATERIAL ANEXO (Video, audio, multimedia): N/A

Duración del audiovisual: N/A

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

Mención meritoria

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES:

ESPAÑOL

Fotografía

INGLÉS

Photograph

Familia	Family
Escritura	Escritura
Memoria	Memory

RESUMEN DEL CONTENIDO Español:

El trabajo se encuentra compuesto por dos textos. El primer texto es un ensayo narrativo que aborda el proceso de creación del relato “Formas de una foto”. Allí se desarrolla la idea de “ondas concéntricas” como metáfora de la construcción de dicho relato, en el que la memoria de distintas personas se suman. El ensayo también aborda las influencias del autor en su proceso creativo y los retos que enfrentó. El segundo, es el relato “Formas de una foto”, en el que se cuentan fragmentos de la historia de la familia Torrejano Cárdenas (la familia materna del autor), a partir de la muerte del hermano mayor de la familia en el año 1987, cuando tenía 27 años, y del rol familiar, social y político que él había asumido desde muy temprana edad. A través de una voz en primera persona, el autor indaga por las memorias familiares y por el proceso mismo de escritura.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés:

The degree work is made up of two texts. The first text is a narrative essay that addresses the process of creating the story “Shapes of a photo”. There, the idea of “concentric waves” is developed as a metaphor for the construction of that story, in which the memories of different people come together. The essay also addresses the author's influences on his creative process and the challenges he faced. The second is the story “Shapes of a photo”, in which fragments of the history of the Torrejano Cárdenas family (the author's maternal family) are told, starting with the death of the family's eldest brother in 1987, when he was 27 years old, and the family, social and political role that he had assumed from a very early age. Through a first-person voice, the author investigates family memories and the writing process itself.

Tabla de contenido

Ondas Concéntricas: Ensayo introductorio al trabajo de grado “Formas de una Foto” 7

Formas de una foto.....16

1.....17

2.....22

3.....29

4.....34

5.....41

6.....49

7.....54

8.....62

Bibliografía.....69

Ondas Concéntricas:

Ensayo introductorio al trabajo de grado “Formas de una Foto”

No hay un punto de partida, no en sentido estricto. Hay un punto. Hay una sucesión de hechos condensados en un periodo de tiempo que no abarca más que unos días. Allí inicia la historia y de ese punto nunca se desprende completamente. Va y regresa. A veces se aleja un poco, pero ese punto la contiene. No de forma lineal. Regresa a ese punto por la inercia misma del movimiento, como ondas concéntricas en el plano del tiempo, si es que algo así existe. Recorren una distancia específica y vuelven a partir. Ondas producidas por la proliferación de recuerdos, que desde ese punto específico se expanden y van sin distinción al pasado y al futuro.

A mediados del año 2022 murió mi abuela. Murió en la casa de mi madre, acompañada de algunos de sus hijos. Mi madre presenció su último suspiro. Los días de luto fueron momentos de encuentro de la familia amplia. Mi abuela parió once hijos y falleció 37 años después de la muerte de uno de ellos. Rodrigo Torrejano Cárdenas, su segundo hijo. Él tenía veintisiete años cuando murió. Dada la amarga coincidencia entre las fechas, las conversaciones familiares gravitaron en torno a ambos hechos, pero la nostalgia nos terminó arrastrando al pasado. En medio de la tristeza por la muerte de quien fuera la matriarca, el pasado se hizo refugio. Y allí gravitamos con facilidad, entre historias repetidas muchas veces que aparecen de nuevo. Y aparecen de nuevo porque la muerte de Rodrigo, y sobretodo sus últimos años de vida, definen un momento particular de la familia y marcan las trayectorias de nuestro presente. Esta es mi materia prima.

El relato evoluciona. Los recuerdos se crean y se recrean. Como las ondas, los recuerdos son frágiles.

Vals con Vashir, el documental animado del director israelí Ari Folman (y sí, me surgen todas las dudas del mundo en referirme a la obra de Folman en este momento, pero su influencia es innegable), inicia con una secuencia en tonos amarillos y grises, en la que una jauría de perros rabiosos recorre la ciudad llevándose consigo lo que se les cruza por delante, sin atacar a ninguna persona en particular. Al final llegan al frente de un edificio en el que han identificado a su presa y se agrupan en un solo ladrido. Son veintiséis perros. La presa, un hombre con rostro de agotamiento, los observa desde una pequeña ventana del edificio. Es un sueño recurrente de ese hombre que se asoma por la ventana, excompañero del ejército israelí del mismo Folman. Este, a su vez, y como personaje de la película, está persiguiendo recuerdos que considera perdidos de su participación en la guerra del Líbano de 1982 y en particular de su relación con la masacre de Sabra y Chatila, cometida por Falangistas Libaneses, pero donde aún se encuentra en un claro oscuro la participación del ejército israelí. Los recuerdos van apareciendo mezclados con sueños y alucinaciones. La fragmentación de la historia es esencial en el relato de Folman.

Ese documental me animó de un modo particular la pregunta por la memoria. Los recuerdos se crean de algún modo. Por supuesto, parten de experiencias concretas, pero su reproducción depende más del trabajo de creación de la mente que de la información que recoge y guarda el cerebro. Lo más probable es que solo el 1% de las neuronas estén involucradas en la conservación de los recuerdos: “(...) no recordamos casi nada. La idea de que recordamos una gran cantidad de matices y detalles de nuestras experiencias como en una película no es más que una ilusión, una construcción del cerebro. Y este es, quizás, el secreto más importante en el estudio de la memoria: entender que a partir de muy poca información, el cerebro genera una

realidad y un pasado que nos lleva a ser quienes somos, más allá de que este pasado, esta colección de memorias, sea extremadamente lábil; más allá de que el solo hecho de traer al consciente un recuerdo inevitablemente implica cambiarlo; más allá, entonces, de que la sensación de ese “yo” único e inmutable, aquello que define quién soy, está cambiando constantemente.” Dice el neurocientífico Rodrigo Quian Quiroga.¹

Mis recuerdos de infancia son precarios. Existen unos hitos que he escogido arbitrariamente para entenderla y guardarla con aprecio, aunque también me produzca algo de fastidio. Conservo momentos precisos, como cuando me corté la oreja, en un accidente en el colegio, el día que cumplía cinco años. De ese momento recuerdo de forma poco clara la camisa de cuadros que llevaba y el hecho de que mi mamá me llevó al colegio vestido de particular y no de uniforme, para terminar con la camisa manchada de sangre en un centro médico cercano, agarrado por ella y por mi papá, mientras un doctor me suturaba una pequeña parte del lóbulo. Cuando vuelvo a este recuerdo no logro asir una imagen concreta. No sé cuánto tardaron en llegar mis papás desde sus trabajos, si me recogieron en el colegio o llegaron al centro médico. Mi madre dice que cuando me estaban suturando mi papá casi de desmaya, le dio la pálida, y le tuvieron que pasar una banca para que se sentara. No estoy seguro de que eso sea verdad.

Los veintiséis perros que persiguen al personaje de Vals con Bashir fueron los veintiséis perros que asesinó para que no ladraran, cuando el ejército israelí entraba a las aldeas del Líbano. Es aterrador. Pero es interesante la idea de los recuerdos persiguiendo agresivamente para saldar cuentas.

Regreso a las ondas. Punto de partida.

¹ Quian Quiroga, Rodrigo. *Qué es la memoria*. Ariel, 2018.

La muerte de mi tío hace 37 años es el punto de partida y de regreso. El corazón mismo de las ondas. Es un suceso que conectó a los diez hermanos que lo sobrevivieron. Cuando se habla de la muerte de Rodrigo surgen momentos cruciales para la familia. Pasar de vivir en la precariedad del barrio El Perpetuo Socorro a una casa propia, comprada por Rodrigo, en el barrio Nuevo Kennedy. La salida de los mayores de la casa a hacer sus propias vidas. El nacimiento de los primeros sobrinos de la familia. El rol político que tuvo Rodrigo, como presidente del sindicato de la Sociedad de Fabricación de Automotores S.A. -SOFASA-. Incluso el momento social y político que vivía el país. Hay allí una materia fértil.

No sucede lo mismo con la muerte de mi abuelo. No sucede lo mismo para mí, desde lo que alcanzo a observar a través del filtro que imponen las distintas voces familiares. La figura que hemos construido de él tiene algo de épica. Esa figura, la que se ha formado para sus nietos que no lo conocieron, es la de un hombre sencillo pero extraordinario. Sin tener más educación que la primaria, pensó en cooperativismo y organización campesina. Promovió la ocupación de tierras y creyó, con alma profundamente cristiana, en la posibilidad de la redención humana en el trabajo colectivo. Decidió migrar a Bogotá y apostar todo, pero la vida le duró poco. Murió en el año 1982. Supongo que el vacío abrupto que dejó su muerte no permitió un duelo colectivo. Supongo que obligó a mis tíos a pensar en la supervivencia de la numerosa familia y eso, de algún modo, nubla las ondas que llegan desde ese pasado, que parece remoto.

Dentro de la maraña de relatos que he recogido, el relato de mi madre tiene particular importancia para mí. En el conjunto de recuerdos que surgen, los de mi madre suelen ser tristes, un poco incómodos. No tenía buena relación con su hermano mayor y cuando iba a visitar a mi abuela prefería que no estuviera él. Siente culpa, y sus recuerdos sobre el día de la muerte y los días cercanos son borrosos, aunque despuntan pequeños brillos. Mi madre no pide perdón por

eso. Sabe que la complejidad de las relaciones familiares está allí, viva, como lo estuvo casi cuarenta años atrás. Y a lo largo de los años ha aprendido a entender su relación con Rodrigo como lo que fue y no más. El parteaguas de mi madre fue la muerte de mi abuelo. Ahí inició su adultez y ese duelo profundo que vivió agarrada del brazo de mi abuela marcó también la relación con su hermano mayor. En el momento en el que muere Rodrigo, ella ya se había convertido en mamá y su vida tenía que pasar entre la inseguridad de cara al futuro y la responsabilidad viva, frente a sus ojos, de dos criaturas que dependían de ella. El hecho de que yo tuviera pocos meses de nacido en ese momento y de que hubiera compartido la habitación con mi tío la última noche en la casa es una coincidencia minúscula que me abre la puerta a esa historia.

Tarda tiempo y escritura llegar a eso.

Las ondas se alteran con cambios en la superficie. Las lecturas entablan un diálogo directo conmigo.

“La escritura que convoca al pasado, que lo requiere, también nos lo convida”, dice Cristina Rivera Garza.² Y lo dice mientras relata luchas sociales, ideales de liberación, pero también miseria humana, penurias y linajes perdidos. La escritura me convida a pensar en mi lugar en la historia. Aunque aún me cueste trabajo sentirla como propia: ¿quién soy para relatarla?. Es una sensación permanente, invasiva, que me hace titubear. He aceptado el titubeo como un ingrediente natural de lo que escribo. Me aferro a aquella coincidencia minúscula que me abre la puerta.

² Rivera Garza, Cristina. *Autobiografía del algodón*. Penguin Random House, 2022.

“Siempre pensé que no tenía verdaderos recuerdos de infancia. Que mi historia cabía en unas pocas líneas. En una página, tal vez. Y en letra grande (...)”, dice Alejandro Zambra.³ Así me siento. Esculcar en mis propios recuerdos es como buscar piedritas en la arena. No recuerdo el instante en el que, mi mamá por un lado y mi papá por el otro, me agarraron para que un señor me cociera un pedacito de oreja. Pero las imágenes borrosas se complementan con los relatos. De algún modo juegan la memoria, los relatos de familia y la creación. Imágenes borrosas se transforman en algo más. Zambra termina esa frase diciendo que ya no piensa eso. Se trata ir en esa dirección y de aprovechar el juego. De aprovechar la labilidad, de la que habla Quian Quiroga, para hacer literatura. Para explorar, con los titubeos que sean necesarios, pero con la certeza de que se recorre algún camino.

Escribo desde la memoria familiar porque creo que, de algún modo, cuestiona el relato hegemónico. Nos permite encontrar otro lugar para conversar, para romper verdades impuestas. Nona Fernández⁴ dice: “pienso en el gran relato de la historia. En cómo nos la cuentan. En toda la información prejuiciada y manipulada. En los paradigmas que se eligen como banderas (...). En todas las ficciones que se articulan para gobernar una sociedad. Un país. Una época.”⁵ Construir un relato desde lo marginal, desde la historia minina, microscópica, es también la posibilidad de poner en cuestión los relatos hegemónicos. Es interpelar estereotipos, lógicas y verdades construidas a costa de anular el pasado. Es, en últimas, establecer un refugio. En el mismo texto, Fernández apunta que recordar es, etimológicamente hablando, volver al corazón. Y dice lucidamente que si cada vez que recordamos se enciende una constelación de neuronas

³ Zambra, Alejandro. *Formas de volver a casa*. Anagrama, 2011.

⁴ Las obra de Fernández y de Rivera Garza han sido particularmente importante para afianzar ciertas ideas y poder construir la voz que finalmente quedó plasmada en el trabajo.

⁵ Fernández, Nona. *Voyager*. Penguin Random House, 2019.

en algún lugar de nuestro cerebro, habría que suponer que el cerebro y el corazón están estrechamente vinculados. Ese vínculo me es central.

No puedo capturar las ondas. Intento apreciarlas en un instante preciso y hacer algo con eso que aparece ante mis ojos.

Escribir una novela me parece una tarea impresionante. Aunque la novela no parece ser la forma más útil para lo que escribo en este momento. No pretendo hacer una biografía ni un recuento riguroso de una serie de hechos. El punto central del que se desprenden las ondas, la muerte de mi tío, no deja de ser un punto arbitrario, escogido para desde allí hilar un relato. Pero tiene tal fuerza que ejerce gravedad y me permite ir y volver, para alimentar ese relato. El relato se ha alimentado de un archivo en crecimiento, en el que se suman grabaciones, documentos, noticias y fotografías. Aprovecho ese ir y volver del relato para explorar mi proceso de escritura y para dejar que, a paso lento, como un goteo, entre mi pensamiento. Entonces, entiendo la estructura de mi relato como la proliferación en tres vías: primero, de imágenes y momentos que construyo con las voces y con la información que he recogido; segundo, del proceso escritural, que aparece a partir de momentos y reflexiones específicas; y tercero, como la introducción de mi reflexión de manera progresiva hasta ocupar porciones importantes en el texto.

Estas tres vías enfrentan dificultades: las memorias que recojo son falibles y, cuando pasan por el filtro de mi propia escritura, necesariamente se transforman. Quedan limitadas por el alcance de mi lenguaje, por mis posibilidades expresivas. Cosa que en menor medida también sucede con el pensamiento que acompaña a esas memorias. Entonces lo que queda plasmado

son tan solo capturas inestables de las ondas, no su movimiento. Tengo la esperanza de que el conjunto de palabras puestas allí me permitan imitar su flujo.

He hecho un esfuerzo consistente para que el archivo en construcción sea parte del relato, lo acompañe y se mezcle con él de forma orgánica. No como un contrapunteo, sino como parte misma de la composición que presento. Busco que entre el texto y la imagen no sea necesaria la mediación de una explicación. Acá las obras *El Sistema del Tacto*, de Alejandra Costamagna⁶, y *Autobiografía del Algodón*, de Cristina Rivera Garza, fueron sumamente importantes. En la primera, el archivo es un correlato de la historia (la acompaña de principio a fin), que hace presencia física en un momento preciso y brinda luz propia a las indagaciones de la protagonista. En la segunda, el archivo es un referente robusto sobre los que se sustenta la búsqueda histórica de la narradora. Es un archivo de documentos empolvados, obras literarias y académicas, fotografías y reliquias familiares que brindan pistas precisas y enriquecen la experiencia del lector.

Traducir las voces en texto literario ha sido un enorme reto. Desprenderme del reporte de esas voces y dejar que fluya una voz literaria es una tarea que me siento transitando. En parte esta dificultad radica en la idea que conservo de “ser fiel a los hechos”, incluso cuando llegan incompletos y fracturados por el paso del tiempo. Y también por el temor permanente de apropiarme de las voces que recojo sin reconocerles su autenticidad. Dos referencias que se me cruzaron recientemente en el conjunto de mis lecturas me han hecho reflexionar de forma interesante sobre estos temas. En primer lugar, la escritura creativa como interpelación del archivo más que como un relleno en aquellos vacíos propios de ese archivo. Esto lo propone

⁶ Costamagna, Alejandra. *El Sistema del Tacto*. Anagrama, 2018.

Juan Álvarez.⁷ Por otro lado, imponer la escritura y la reflexión propia como hilo conductor ha sido un trabajo de capas progresivas, en el que solo una vez relatados los sucesos fue posible abordar. Aquí vuelve el trabajo de Cristina Rivera Garza. La desapropiación⁸ como horizonte de trabajo me ha llevado a trazarme nuevas rutas que creo quedan enunciadas en mi trabajo y que seguiré profundizando en la continuación del mismo.

⁷ Álvarez, Juan. “Inventar el Archivo”. *Revista digital Thesavrus*, Revista digital del Instituto Caro y Cuervo Número 60 - Julio 2020 - junio 2021

⁸ Rivera Garza, Cristina. “Desapropiación para principiantes”. *Revista digital Thesavrus*, Revista digital del Instituto Caro y Cuervo Número 60 - Julio 2020 - junio 2021

Formas de una foto



1

El lunes 20 de julio de 1987, cerca de las cinco de la mañana, Rodrigo Torrejano Cárdenas se levantó, se tomó otro analgésico y se volvió a acostar. Compartía la habitación con tres de sus hermanos y, esa mañana en particular, con una de sus hermanas menores que había pasado la noche en la casa con sus dos hijos. Se puso boca arriba, empujó la almohada contra el espaldar de la cama y se sentó porque no soportaba el contacto de su cabeza con ninguna superficie. Unos minutos después, empezó a gemir y su hermana le preguntó qué le pasaba. Él ya no pudo responder con nada más que un murmullo que se combinó con el quejido. A partir de ese momento las palabras que le quedaban por pronunciar estaban contadas. Sus hermanos se levantaron para ayudarlo y se dieron cuenta de que no se había tragado el analgésico. Mantenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Su cuerpo se puso rígido y fue difícil bajarlo al primer piso de la casa y acomodarlo en el taxi que una hora después lo iba a llevar a la Clínica San Pedro Claver. El taxista, algo asustado, dijo que si no lograban acomodarlo bien no los llevaba.

Con esta escena inicia mi relato. Quiero centrarme allí, en los minutos en los que se desencadenaron los hechos y en rastrear esas contadas palabras. Pero antes quiero intentar algo distinto.

Un vaso sanguíneo del cerebro de Rodrigo se inflamó. Ese vaso tenía un costado débil, una pared que había sido débil desde siempre, desde que él era un niño, y que se fue deformando

lentamente, con el paso del tiempo y las complicaciones de la vida. La sangre se fue agolpando en la cuneta que se formó en esa pared. En un momento preciso, esa cuneta se transformó en un bulto diminuto, como una pequeña bomba, que solo requería un detonador. En el instante en el que por fin cedió, la sangre aprisionada se regó por el cerebro, de a poco, produciendo un dolor infernal. La misma sangre que había recorrido el cuerpo y que había llegado al cerebro para alimentarlo inundó zonas, deshabilitó sinapsis, destruyó sentidos y finalmente lo desconectó. El cuerpo, por medios artificiales, sobrevivió un tiempo después, pero la consciencia ya lo había abandonado. La fuente de la destrucción siempre estuvo allí y no tuvo que dañar más que una ínfima porción del cerebro para terminar con la vida.

Qué produjo que se rompiera la pared del vaso, qué hizo que finalmente la aneurisma estallara y causara esa diminuta hemorragia. No hay una respuesta correcta o verdadera. Pudo haber sido el estrés que le produjo la extensa negociación entre el Sindicato de Trabajadores de la SOFASA -SINTRASOFASA- y las directivas de la empresa, en medio de una huelga de varias semanas de duración. A sus veintisiete años, Rodrigo era el presidente del sindicato y uno de sus voceros. Venía, los días previos al inicio del dolor de cabeza, de sesiones extenuantes de diálogo estéril. En el momento en el que a Rodrigo se le terminaba de escurrir la vida dentro de su propio cuerpo, el sindicato había retomado la negociación del pliego de peticiones. La reunión, convocada por el Ministerio del Trabajo en el Hotel Tequendama para el día 21 de julio, había sido tensa y los compañeros del sindicato habían acusado a la empresa y al Ministerio del estado en el que se encontraba Rodrigo, cosa que ellos no habían aceptado. Juan Diego Arango, líder sindical de la seccional de la SOFASA en Antioquia, recibió la llamada en la que le confirmaban la muerte cerebral de su compañero de lucha y amigo. Se recostó contra una pared y en medio de lágrimas le comunicó al resto la noticia. El llanto común dio por terminada esa sesión.

Los hechos se me van acumulando y las ideas crecen más rápido que la escritura. El inicio se apodera rápidamente de la historia, de lo que sucedió durante los pocos días que van desde esa mañana amarga hasta el momento en que Rodrigo murió. Pero necesito hacer una pausa y volver al inicio. Necesito regresar para decir algo más que me ayude a organizar esas ideas. Rodrigo era mi tío, era el hermano mayor de mi madre y yo estaba allí con ella en la habitación cuando se desencadenó el dolor. Un dolor intenso, que formó un muro entre él y el resto del mundo. No tengo ningún recuerdo propio de ese momento, era un bebé acostado junto a su mamá. No recuerdo cuando él se levantó, ni cuando ella le preguntó qué le pasaba, ni cuando lo sacaron del cuarto. Nada. Pero esos hechos, o los remiendos que he elaborado de esos hechos con recuerdos ajenos, se encuentran mucho más claros que otros momentos de mi infancia. Los he construido y reconstruido en mi memoria con otras imágenes allí guardadas. Casi que parecen recuerdos propios. Hacen parte del relato común que define a mi familia materna. El momento específico de esa muerte es un punto de quiebre.

Mi abuela parió once hijos a lo largo de diecisiete años. Cinco hombres y seis mujeres. Rodrigo fue el segundo. No existen fotos de los once juntos y solo tengo en mis recuerdos tres fotos de él cuando aún era un niño. En una de esas fotos están nueve de la camada. Fue tomada en Neiva alrededor del año 1970 por uno de esos fotógrafos que recorrían los pueblos del país dejando un registro precario de la existencia. La foto es en blanco y negro, algo borrosa y desgastada por el paso del tiempo, con manchas en algunas partes. Mi madre y sus cuatro hermanas tienen vestidos claros y cortos, como muñecas de piel pálida. Tres de mis tíos llevan camisa de manga corta. El menor de la foto, Fredy, es el único sentado en una silla puesta en el centro del retrato. Lleva un mameluco oscuro. Mi tía Mary, la mayor de todos, se ve mucho más alta que el resto y está detrás de la silla, cumpliendo el papel de protectora encomendada por el orden de nacimiento. A su costado derecho está Rodrigo con una expresión seria pero

expectante, casi que con una sonrisa por venir que no alcanzó a capturar la cámara, y al costado izquierdo está mi madre con su cabello oscuro cayendo sobre los hombros y una risa tímida. Es una composición simple, en la que justo atrás del grupo se ven las ramas cargadas de un árbol, alguna ropa extendida y, en el fondo, una casa de madera con tejas de aluminio. Esculco los rostros, sus facciones infantiles, e intento identificar en esas pequeñas caras el presente, las personalidades adultas que asocio a esas facciones. En algunos casos se me vienen a la cabeza los rasgos de su propia descendencia.

Como en esa foto, la imagen que he construido de Rodrigo siempre será parcial. Se basa en pedazos que se han ido sumando y que intento poner juntos no con la idea de crear una solo foto, sino de darle lugar a la multiplicidad de imágenes que se han construido de él. Cada uno de sus hermanos tiene una; a cada uno le marcó la vida de manera distinta. Siempre hay un detalle adicional que no había aparecido antes. La muerte, como hecho fortuito, me permite indagar por algo más en esa imagen. Me permite transitar en el tiempo y ver, desde la distancia,

a los niños de la foto en otros momentos de sus vidas, mirando al pasado. Me permite ir y volver entre los hechos, los recuerdos, los pensamientos y las imágenes.



2

El lunes 20 de julio de 1987 fue un día extraño en Bogotá. La ciudad estaba bajo esa tensa calma propia del día en el que se desfila por la independencia. Las calles estaban vacías y el recorrido del taxi desde el barrio Nuevo Kennedy hasta la Clínica San Pedro Claver no tardó mucho. El taxista se pasó un par de semáforos en rojo y, como la bocina del carro estaba dañada, sacaba la cabeza por la ventana y hacía sonar un pito de plástico en las intersecciones. Llegó a la San Pedro Claver alrededor de las siete de la mañana. Mi tío Gregorio hizo el recorrido en el taxi y acompañó a su hermano mayor durante el tiempo que le fue posible. Esa mañana se había despertado con los gemidos de Rodrigo. El tiempo en la sala de urgencias fue perdido, estaba llena y corta de personal. A Rodrigo lo acomodaron en una camilla y lo dejaron allí por horas. Él pedía con insistencia que le consiguieran una almohada a pesar de que ya tenía una debajo de su cabeza. Mary se fue a llamar a alguien del sindicato para saber si ellos podían hacer algo, así fuera bulla. Gregorio me contó lo que sucedió en esos momentos. Siempre relata todo con una certeza cautivadora. Hay pocas fisuras en eso que cuenta y en la manera en que lo cuenta, al menos en los fragmentos precisos en los que se centró nuestra conversación. Su certeza me ayudó a empezar a poner palabras juntas.

En la foto de los nueve hermanos, Gregorio está justo al frente de Rodrigo con una mano en la boca. Todavía habla de Rodrigo como una figura de autoridad a pesar de que casi duplica

la edad que alcanzó su hermano mayor, su segundo papá. Cuando se graduó del colegio, en diciembre del año 1986, fue él quien le dio los mil quinientos pesos para que se comprara ropa para su grado y se molestó mucho porque Gregorio decidió gastarse casi todo en unos zapatos College de La Corona. Rodrigo no fue al grado y Gregorio fue solo con mi abuela. Cuando regresó a la casa, Rodrigo le pidió, muy serio, porque siempre estaba serio, que no se fuera a trastrochar mucho esa noche. Al día siguiente tenían que ir a recibir y limpiar la casa que acababa de comprar con un crédito de la cooperativa de empleados de SOFASA en el barrio Nuevo Kennedy a donde se iban a trastear en unos días.

Cada vez que nos encontramos en alguna reunión familiar conversamos un rato. Me gusta preguntarle por sus años de colegio que coinciden con los últimos años de vida de Rodrigo. Las semanas finales del año 1986, cuando Gregorio se graduó de bachillerato, es un periodo al que regresamos cada tanto. Yo estaba recién nacido y tal vez por eso, por ese interés particular que me despierta el año de mi nacimiento, pregunto por lo que sucedía. Con los recuerdos de esas conversaciones puse en la página las primeras ideas. Lo llamé un domingo en la tarde para hacer algunas preguntas y afinar datos, pero la llamada se transformó en una conversación de horas. Cada pregunta abrió la posibilidad no solo de contar hechos sino de quedarse un rato en ellos, habitarlos, y de preguntarse por la forma como ese pasado le dio forma a quien es hoy. Gregorio empezó por la llegada al barrio el Socorro y la asoció con el miedo. Miedo de salir, miedo por la inseguridad, por llegar a una ciudad agresiva en la que no era bienvenido. Así lo sentía y así me lo contó.

—El camarote en el que dormíamos cuatro hermanos daba contra una ventana. Atrás de la casa solo había potrero, entonces muchas veces los ladrones del barrio pasaban por ahí a dejar lo que no les servía. Poníamos una tabla contra esa ventana para sentirnos protegidos. Como si una tabla pudiera hacer algo. Yo dormía arriba, con Edgar, y abajo dormían Fredy y Rodrigo.

Fredy y yo nos acostábamos a esperar que ellos llegaran de la nocturna, porque sabíamos que a esa hora ya no entraban buses hasta el barrio, entonces ellos llegaban caminando. Y ese siempre era el susto. Mamá se levantaba con cada ruido, era la que cuidaba. Todo el tiempo había ruidos en el barrio. Seguro con el tiempo se nos fue haciendo normal. Cuando yo estaba en once, y me tocaba alfabetizar, yo también llegaba entrada la noche.

Allí en el socorro avanzó la vida, más de diez años de vida. En una casa sin acueducto, frente a una calle que era un barrial o un tierrero dependiendo del clima. La vida allí son algo así como los años de formación. Solo es posible entender la sucesión de hechos que fueron dando forma a la vida de Rodrigo con la llegada a Bogotá, a ese barrio crudo.



Después de un rato, la conversación con Gregorio se encaminó a la mañana en la Clínica San Pedro Claver. Mañana lenta y dolorosa, como lento debió haber sido el padecimiento de mi tío. El día enrarecido no ayudaba y por algunas horas la sensación de imposibilidad inundó el espacio. A Rodrigo no le podían dar nada para el dolor hasta que pasara por la revisión de un médico y le hicieran los exámenes necesarios. Además, nada de lo que había tomado hasta ese momento había sido útil para calmarlo. Pasado el mediodía, después de esa espera densa, llegó el grupo de compañeros del sindicato al que Mary había llamado. Al ver las condiciones en las que estaba Rodrigo, decidieron sacarlo de la clínica para llevarlo a un lugar donde pudieran darle mejor atención. Solo después de la firma de un documento en el que la familia se hacía responsable por su vida, lo pudieron sacar y trasladarlo a la Clínica Marly. Allí lo ingresaron tan pronto como fue depositada una garantía de cien mil pesos que también puso el sindicato. A las pocas horas ya estaba en una habitación propia y recibía la primera atención. Durante la tarde se mantuvo sin sentido. En la noche, cuando le tomaron la tomografía computarizada, se supo con certeza la gravedad de lo que ocurría. El cerebro estaba muy afectado. El punto exacto era inalcanzable en una intervención quirúrgica y la posibilidad más favorable era que, de quedar vivo, lo haría con pérdida total de la vista y la movilidad de un costado de su cuerpo. Cuando Gregorio llegó a este punto de su relato la emoción le inundó las palabras. Revivió todo con precisión y yo, al otro lado de la línea, me quedé en silencio. Esperando, pero también dándole el tiempo para que transitara ese camino que se había abierto. Mientras esperaba que mi tío recorriera la emoción, pensaba en el cerebro que se apagaba, y se me vinieron a la mente las imágenes tantas veces visitadas del aparato circulatorio humano, hecho con líneas rojas y azules, dispuestas sobre una silueta transparente. Esas líneas le dan contenido a un cuerpo por lo demás vacío. Se pueden ver las arterias que llevan la sangre al cerebro, pintadas casi siempre de rojo,

y las venas que la devuelven sin oxígeno pintadas de azul. Múltiples caminos y bifurcaciones que recorren el cuerpo completo, por los que transita la sustancia que es la vida misma.

Este relato también tiene múltiples caminos. Se abre en posibilidades, muchas veces accidentales o propias del capricho de la memoria de cada uno de los poseedores del pasado que exploro. Pero la sustancia que transita por estos caminos es distinta. Es una materia caprichosa y siempre incompleta que pareciera regarse con facilidad cuando se abre la posibilidad de esculcar el pasado. Gregorio frenó y aclaró la voz cargada de llanto para tomar impulso. A través del teléfono escuché su pequeña lucha. Reconstruir los momentos es crearlos de nuevo. Momentos de los que habíamos hablado muchas veces antes, pero sobre los que nunca había pedido una reconstrucción detallada. Sobre los que no había indagado con una intención posterior. Entonces hizo un desvío, tomó otro pequeño camino, una vía temporal de escape para aliviar eso que le produjo la narración y me contó lo siguiente:

—En junio de ese mismo año, del 87, sin decirle a nadie, me presenté a la Universidad Nacional para estudiar trabajo social. No le conté a nadie porque no quería me dijeran nada si no pasaba. Un día, cuando llegué a la casa del trabajo que conseguí al terminar el colegio, Rodrigo me atajó en el comedor y me preguntó por qué no le había contado lo de la universidad. Estaba serio. Ya sabía que me había presentado y que había pasado. Me dijo que si iba a estudiar me dedicara solo a eso, que lo hiciera con juicio, y me dijo que él me ayudaba. Eso fue tres semanas antes de que muriera. Intenté iniciar ese semestre, unas semanas tarde, y ponerme al día. Pero después tuve que aplazar el semestre y conseguir trabajo. Ya luego no pude regresar.

Gregorio es serio. Siempre lo he visto como un padre proveedor que se expresa con certezas. De humor ácido y atento al detalle. Creo que observa a la familia materna, a sus hermanos, con iguales porciones de cariño y de desconfianza. Como si hubiera temas por resolver allí guardados. Cuando yo era niño lo veía como un tío lejano que formó familia muy

temprano. Pero con el paso del tiempo esa distancia se ha reducido, no tanto por la frecuencia con la que conversamos, que no es alta, sino porque las conversaciones que tenemos están cargadas de cariño.

En la mañana del miércoles 22 de junio de 1987, Gregorio fue hasta el barrio Castilla, a la casa de un amigo de la familia a recoger un poco de agua bendita traída desde el Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, en Portugal. Era un intento desesperado por hacer algo, por intentar romper algunas hebras de la realidad y apelar a un milagro. Gregorio tomó la ruta de camino hasta la Clínica Marly sin saber muy bien qué iba a hacer con el agua una vez llegara allí. En el camino sentía que la gente lo miraba con lástima, como si supieran por lo que estaba pasando. Cuando se bajó de la buseta y caminó hasta la Clínica se encontró con Edgar, otro de sus hermanos, que solo le puso una mano en el hombro y le dijo que Rodrigo estaba en la morgue. Gregorio entró y vio su cuerpo cubierto con una sábana, aunque su cara permanecía descubierta. Tenía el agotamiento grabado en el gesto, pero finalmente descansaba. Gregorio se untó la mano con un poco del agua que llevaba, la pasó por el rostro de su hermano y luego por su cabello. Le dio un beso en la frente y no pudo evitar llorar ahí, solo y callado al lado del cuerpo. Todavía no podía creer que dos días atrás habían salido de la casa con él vivo, convencido de que regresaría sano.

No fui capaz de preguntarle que hizo después con el agua bendita.

3

Rodrigo fue una presencia permanente en la casa de mi abuela, uno de los lugares más importantes de mi infancia. Una presencia hecha de ausencia. La escalera que iba del primer al segundo piso estaba coronada por su retrato. Una foto grande, que es el referente obligatorio de muchos de los recuerdos que he construido. En ella, Rodrigo tenía puesta una chaqueta negra sobre una camisa verde olivo; su mirada se dirigía al vacío y tenía el puño en alto. Esa foto se convirtió en la portada de la convención colectiva de SINTRASOFASA del año 1987. Allí, en esa convención, se establecieron los derechos adquiridos por los trabajadores sindicalizados de la SOFASA en las huelgas de los años 1985 y 1987.

En el patio de la casa de mi abuela estaba el banco de pruebas de electricidad de Rodrigo. Lo había construido durante sus años de estudiante en el Servicio Nacional de Aprendizaje - SENA-. Una pared del banco tenía las siluetas dibujadas de las herramientas con la forma exacta en la que debían ir: un alicate; un martillo; una colección, ordenada según tamaño, de destornilladores; y unas pinzas, entre otras figuras trazadas con firmeza en tinta negra sobre la tabla. Faltaban herramientas, por lo que entre una y otra se alternaban las siluetas oscuras. La secuencia de destornilladores se interrumpía entre aquellos que estaban y los que faltaban. El banco tenía circuitos e interruptores que ya no funcionaban más que para el juego. Estaba

construido sobre un cajón amplio de madera, con una puerta corrediza que cuando se abría permitía acceder a un interruptor. Pero el banco estaba desconectado y debía llevar años así; puede que hubiera sido desconectado mucho antes de aquel instante en el que Rodrigo fue desconectado de los aparatos que lo mantuvieron vivo durante sus últimas horas. También estaba su bicicleta. Nadie la utilizaba, pero tampoco la sacaban de la casa y solo la movían para hacer orden en el patio, por el que desfilaba la ropa recién lavada de mis tíos y se ponían ocasionalmente las matas de mi abuela para recibir agua y sol. La cadena de la bicicleta estaba oxidada y muy ocasionalmente alguien le movía un pedal y le ponía algo de grasa.

El retrato enmarcado estaba puesto en la pared casi como la imagen de un santo. Solo faltaba ponerle algunas velas y es probable que en algún momento las haya tenido. En esa foto la sombra duplica al hombre y entonces se ven dos puños levantados. El fondo es una pared mitad blanca, mitad café. Al observarla detenidamente pienso en el dramatismo de la escena, en la composición precisa que se logra, como si hubiera sido tomada con el único fin de convertirse en un homenaje permanente. Durante muchos años esa imagen convirtió a Rodrigo en un monolito. Alguien importante que compartía las paredes de la casa de mi abuela con réplicas de cuadros de Guayasamin. Sin fracturas ni grietas, lejano y estático en el tiempo. De algún modo, inmortal. Era tal su centralidad, que en mi niñez más lejana no diferenciaba claramente el rostro de mi abuelo del rostro de mi tío.

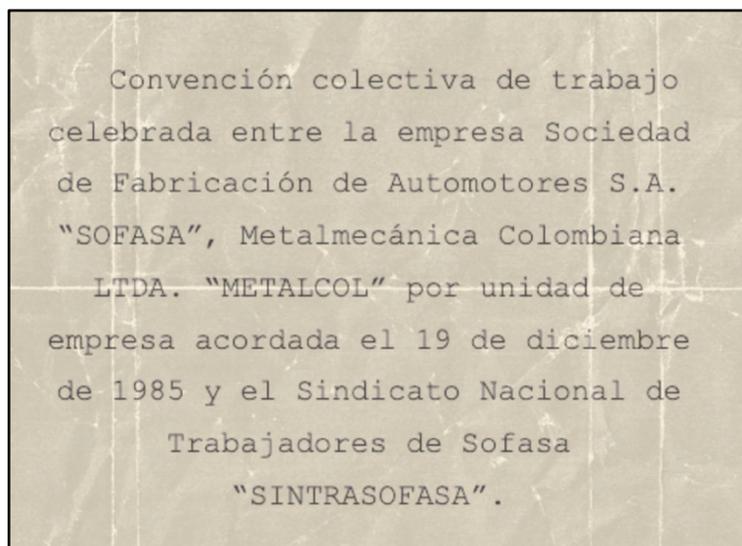
Había otra foto de Rodrigo, que conocí mucho tiempo después, en la que estaba de pie sobre una tarima y tenía puesta una ruana gris un poco grande. Estaba en algún evento que supongo era un acto cultural o una reunión política. Abajo, junto a sus pies, se veía algo que podía ser un cuatro llanero o un charango, y detrás, a su espalda, un letrero en el que se leían de manera incompleta las palabras Colombia y Latinoamérica. Tenía las manos apoyadas sobre su vientre, una encima de la otra. A pesar del gesto serio y la posición austera, me parece ver a un

muchacho, casi a un niño, que se ha dejado crecer su primer bozo y que intenta actuar como adulto. Esta idea fue tomando forma: la idea de Rodrigo como un muchacho que tuvo que actuar desde muy joven como un adulto.

Fue en el contraste entre las sensaciones que me produjeron esas dos fotos que nació la inquietud aguda por conocer a Rodrigo, por saber quién era y entender la manera en que su vida y su muerte definieron a la familia. De un lado, el líder sindical que le compró la casa a mi abuela y se encargó de sacar adelante a sus hermanos menores cuando se quedaron huérfanos de padre. Del otro lado, el muchacho que se murió con apenas veintisiete años, tal vez por sentir que debía cargar el mundo en sus hombros. Ambas facetas quedaron grabadas en el acuerdo alcanzado en las negociaciones de las que hizo parte ese muchacho y que se materializó en la convención que tiene en su portada la foto del puño en alto. Ambas facetas tenían que estar presentes en los miedos y preocupaciones que sentía en cada asamblea del sindicato, en cada protesta o en cada sesión de la mesa de negociación. Ambas facetas tenían que estar presentes en el afán de velar por unas condiciones materiales mínimas para su madre y sus hermanos, y en el anhelo de que en cada navidad pudieran estrenar ropa. También tenían que estar presentes en los momentos en los que por fin descansaba y se ponía a ver cualquier cosa en televisión o se encontraba con sus primos mayores para tomarse unas cervezas.

Tengo una copia física de esa convención. Es un librito pequeño que conservo hace mucho tiempo y que no recuerdo cómo llegó a mis manos. Permanece guardado en la mesa de noche. A veces abro alguna página al azar y leo uno o dos artículos. Son derechos adquiridos por lo trabajadores de esa empresa en un lugar y un momento preciso, pero que se suman a luchas de más largo aliento. Siento que ese librito guarda pistas que busco en este relato, que esas páginas amarillentas y manchadas por el tiempo tienen algo más que la pura tinta que las cubre, y por eso las pongo cerca del lugar donde escribo estas palabras.

El librito inicia de la siguiente manera:



El acuerdo alcanzado sobre esa convención se firmó el 13 octubre de 1987. En la introducción están los nombres de los representantes de los tres sectores que estuvieron en la negociación: la empresa, el sindicato y el gobierno nacional. No está el nombre de mi tío, no alcanzó a poner su firma en el resultado de su última gran lucha, pero se encuentra en el listado de los negociadores con las siglas QEPD entre paréntesis. Es un detalle menor, pero no puedo evitar quedarme allí mirando el nombre y las letras que lo acompañan. En la portada tiene impreso el mensaje: "¡Compañero Rodrigo Torrejano C, presente Hasta la victoria siempre!".

**CONVENCION
COLECTIVA**
SOFASA SINTRASOFASA
1987 1989



Compañero
RODRIGO TORREJANO C
Presente
Hasta la victoria siempre!

4

Edgar nació tres años después que Rodrigo. Fue el tercer hijo de mis abuelos. En la foto en blanco y negro tomada en el Huila está justo al lado de él, con camisa blanca y pantalón oscuro. Tiene el cabello muy corto y su mirada me lleva a pensar en que hay algo de incomodidad. Es el único que está completamente serio, como si estar al frente de una cámara le causara extrañeza. Nada que ver con la sonrisa con la que me recibe en la casa y me ofrece café. No queda mucho del niño de la foto. Mi tío es un hombre ancho, de bigote grueso y ojos pequeños. Tiene, de entre todos mis tíos, la mirada más parecida a la de mi abuela; allí se conserva ese detalle de ella del que seguro yo conservo un poco también. Hace chistes todo el tiempo, al punto que a veces uno piensa que no se está tomando muy en serio lo que hablamos. Pero después, cuando está inmerso en la conversación, despliega una profunda sensibilidad y es común ver que los ojos se le llenan de lágrimas cuando llegamos a lugares o momentos que su memoria no visita con frecuencia.

Llegué un sábado en la mañana a su casa y nos sentamos a conversar en la sala, acompañados de mi primo, su segundo hijo. La conversación inició con recorrido por algunos momentos lejanos de la vida familiar. Me contó uno sobre el primer trabajo de Rodrigo, cuando ambos eran niños todavía.

—Él empezó a trabajar muy chinche. Yo le conseguí el primer empleo que tuvo, en un almacén, cuando todavía vivíamos en Garzón. Ya papá nos había pedido que consiguiéramos algún trabajo y ese año habíamos empezado a estudiar en la nocturna del pueblo. El trabajo lo conseguí para mí, pero cuando llegué, el primer día, me dijeron que yo estaba muy pequeño y me preguntaron si no tenía un hermano mayor. Rodrigo trabajó como un mes en ese sitio. El primer día de trabajo, cuando regresó a casa, me acuelló y me sacudió, como en juego, por haberle conseguido ese trabajo tan pesado. Me dijo que le tocaba mover mercancía de un lado a lado y que había terminado mamado. A pesar de que estaba muy pelado, creo que a partir de ese momento siempre tuvo algún trabajo, siempre estaba aportando algo para la casa y de algún modo era lo que le pedía papá.

Desde pequeño Edgar admiró profundamente a su hermano mayor. Le pregunté por sus recuerdos más viejos con él y me respondió dos cosas: las pesadillas que tenía Rodrigo en las noches, que lo dejaban despierto en medio de ruidos, y su inteligencia, siempre estaba imaginando y proponiendo cosas. Edgar no estaba en la casa cuando inició el dolor de cabeza y llegó directamente a la clínica Marly. No pudo conversar mucho con su hermano cuando por fin lo vio. Durante el tiempo que hablaron, Rodrigo mantuvo los ojos cerrados y le dijo que el dolor debía ser por trasnochar tanto las últimas semanas, que no había estado durmiendo bien y que le iba a tocar parar un poco con ese ritmo tan bravo que traía. Puede que haya sido un episodio de lucidez terminal o que el recuerdo de Edgar haya puesto esas palabras en su boca. No estoy seguro. Él sabía de la preocupación que tenían en el sindicato por la duración de la huelga. Sabía, porque Rodrigo le había contado, que no podían durar más de un mes y que la apuesta de la empresa era por dilatar la conversación para romperla y no tener que sentarse a negociar. Sabía, y Rodrigo le había pedido que no le contara a nadie más, que había recibido amenazas contra su vida. Quizá su muerte obligó a la empresa a tomarse en serio las negociaciones. Aunque eso es

algo que se me ocurrió a mí escuchando a mi tío. Y ahora, cuando pongo palabra tras palabra, sé que el pedazo de la historia que voy a alcanzar a capturar es necesariamente un fragmento, que hay dimensiones desaparecidas de la vida de Rodrigo, como las mismas sesiones de negociación y la expectativa que él tenía de lograr lo que buscaban o lo que estaban dispuestos a ceder a fin de conquistar al menos una parte de su pliego de peticiones. La visión misma de Rodrigo sobre la importancia de aquello por lo que estaban luchando es un lugar al que es imposible acceder. Mi tío Edgar cree que su hermano mayor se cargó con muchas cosas y que esa carga fue tan solitaria como el dolor que lo consumió en sus últimas horas. Allí quedó incrustada una deuda imposible de saldar.

Me ubico en un umbral sin poder atravesarlo, sin poder siquiera asomarme en él. El umbral: la entrega con la que Rodrigo había asumido las huelgas de 1985 y 1987, en ambas siendo presidente del sindicato. Un muchacho al que las ideas de liberación, de lucha y sacrificio le colmaban la cabeza y que se sentía capaz de todo u obligado a todo. ¿Qué hacía con el miedo que sentía en las madrugadas? ¿Se lo espantaba de la cabeza con un café, se ponía la chaqueta y salía de la casa sin mirar atrás? Así lo veo día tras día en su salida hacia el trabajo o hacia las jornadas de la huelga. Un recorrido solitario en el bus, en el que veía la salida lenta del sol y pensaba en las palabras con las que iba a abrir la sesión. O su cabeza se iba a la lista de tareas que, como operario eléctrico, tenía pendientes. Pensaba, tal vez, en los gastos del día en la casa, en el instante en el que se despedía de su madre con un beso en la frente. O bullía en su cerebro el momento político y social del país mientras miraba a las personas caminar por la ciudad.

Cuando mis tíos, los mayores, cuentan su historia, siempre hay un pasado si no prospero al menos más tranquilo en el Huila. Viajando de pueblo en pueblo, viviendo en casas amplias y jugando en la calle. Pueblos de clima caliente en el que con poca ropa se estaba bien. Luego

llega el pasado más reciente de la migración a Bogotá. Allí la historia pierde brillo y se llena de una épica de lo diminuto, de las pequeñas victorias y las derrotas recurrentes, de la sobrevivencia como el logro más importante.

En Bogotá llegaron al barrio El Perpetuo Socorro, en el suroccidente, después de un corto periplo por el barrio Carvajal. La vida para Edgar y Rodrigo fue dura por ser los mayores. Trabajaban en el día y estudiaban en la noche para aportar a los gastos de la casa. El ingreso principal estaba a cargo de mi abuelo. Rodrigo terminó su bachillerato en la nocturna y, en el año 1977, empezó a estudiar electricidad en el SENA. Como parte de su formación para el trabajo, realizó prácticas en una empresa de metalúrgica en la que duró pocos meses. El día que lo despidieron de esa práctica fue cruel para él, pero iba a ser mucho más cruel la mañana siguiente. Edgar escuchó todo desde el segundo piso del camarote que compartían.

—Rodrigo no se levantó de la cama. Papá pasó una primera vez por la habitación y le dijo “hijo, levántese que se le va a hacer tarde”. Rodrigo siguió acostado. Papá pasó una segunda vez y le dijo “hijo, que se le va a ser tarde”. La tercera vez se acercó y vio que Rodrigo estaba llorando. “Qué pasó”, le preguntó. “Me despidieron del trabajo”, dijo Rodrigo. —Edgar hizo una pausa para tomar un sorbo del café e intercaló la mirada con la mía y con la de mi primo. Quiso escoger bien las palabras con las que se iba a referir a mi abuelo—: Papá era un hombre muy conversador y poco dado a los regaños, pero la cosa estaba muy jodida. Entonces levantó a Rodrigo de un grito y le dijo “cabrón”, que era la palabra más fuerte que usaba. Sus regaños eran secos y cortos. Rodrigo se quedó un rato más llorando en la cama y me contó que lo despidieron porque lo encontraron descansando un momento después del almuerzo. No habían sido más de cinco minutos. Lo vaciaron y lo despidieron sin que él pudiera decir una sola palabra. Y luego vino el regaño de papá, que seguro le había dolido más.

Artículo decimo: causales para comité de estudio de faltas laborales por justa causa. Los despidos o las sanciones que puedan derivarse de una falta considerada como causal de terminación de contrato por justa causa, en ningún caso podrán hacerse sin antes convocar un Comité de Estudios de Faltas Laborales, cumpliendo estrictamente las normas y procedimientos convencionales y solamente cuando se presenten las siguientes causales:

- a. Las ausencias injustificadas al trabajo para todos los casos y en todos los efectos durante un lapso superior a (4) cuatro días hábiles consecutivos, se presume como abandono del puesto de trabajo.
- b. El haber sufrido engaño por parte del trabajador mediante la presentación de documentos que falseen la verdad, tendientes a obtener un provecho indebido, que cause grave perjuicio a la empresa.
- c. Pelear dentro de las dependencias de la Empresa cuando el hecho reviste característica de gravedad.
- d. El daño material ocasionado a equipos o bienes de la empresa o de sus trabajadores, demostrando plenamente que se realizó en forma intencional.

Pero el despido de Rodrigo de la empresa metalúrgica trajo cosas buenas. A Rodrigo le iba muy bien en el SENA, era muy dedicado, y por eso le consiguieron la siguiente práctica en la Sociedad de Fabricación de Automotores S.A. "SOFASA". Una empresa mucho más grande,

prestigiosa. Su trabajo era hacer reparaciones eléctricas y pequeños arreglos en las oficinas y le fue bien haciéndolo. SOFASA fue la primera y la última empresa en la que iba a ser contratado formalmente, porque continuó una vez terminada la práctica. Estando allí, terminó sus estudios en el SENA, pasó a tener responsabilidades adicionales como empleado de planta y se sumó al sindicato.

El trabajo y los ingresos de Rodrigo se sintieron en la casa, aunque seguía siendo una casa pobre, en el que cada centavo contaba. Había que alimentar a doce bocas y esa tarea se cumplía. De hecho, casi siempre se cumplió y en la familia es comentario recurrente que mi abuela era una maga, que convertía lo poco que llegaba en comida para todos. Cuando Rodrigo apenas pasaba los veinte años, puso su trabajo y sus ingresos a disposición del hogar. Como un destino manifiesto. Es imposible no dejarme llevar por la idea de mártir que nace de esa situación. El trabajo como una redención de la familia, el trabajo arduo e incuestionable como la manera de cumplir con un rol ya establecido. Claro, Rodrigo decidió dedicar sus últimos años, sin saber que lo eran, a la lucha colectiva de los trabajadores de SOFASA. A impedir que se despidiera a alguien injustamente. Ese fue un acto de rebeldía que pareciera más la continuación de un destino; porque la familia fue su prioridad, cumplir con las obligaciones económicas y comportarse como un adulto. Ejercer un rol de autoridad como una carga. Y puede que su labor sindical fuera de algún modo la ampliación de ese rol, que requería entrega, poco descanso, jornadas interminables de asambleas y negociación, en los que los resultados eran mínimos y cada paso, cada decisión, era posible tan solo después de horas y horas de discusiones. Y el correlato de este sacrificio fue la situación material en el hogar. Porque si hay un punto en el que coinciden las voces de mis tíos, al menos de Edgar y Gregorio, es que Rodrigo le cambió la vida a la casa con su trabajo. Empezó a llevar un ingreso permanente, que no solo los mantuvo a flote, sino que transformó las expectativas de vida. A este punto llegó mi tío Edgar en el cuento

que fue contando. Aquí me pidió una pausa para tomar un respiro. Él sabía que el tema que seguía era duro para él y sabía que necesitaba recoger un poco fuerza para continuar con la historia.

5

Mi madre siente culpa cuando habla de la muerte de Rodrigo. Los recuerdos sobre el 20 de julio de 1987 parecieran no ir mucho más allá de la escena del cuarto, cuando le preguntó a Rodrigo qué le pasaba. Después, imágenes dispersas. Los días siguientes los recuerda al margen de todo, como si los hubiera vivido con una barrera interpuesta. Para ella no hubo clínica, ni frases finales, ni momento de despedida, ni un instante representativo que le permita apuntalar una historia. Todo esto a pesar de que vio a Rodrigo levantarse ese día y volverse a acostar y estuvo presente en el momento en el que se lo llevaron para la clínica. Pero allí su mirada se aleja. Desde que murió mi abuelo su preocupación fue mi abuela. Y en la semana de la muerte de Rodrigo estuvo tan pendiente de ella como pudo, mientras cuidaba a sus hijos. La muerte de mi abuelo fue su propio parteaguas, el paso de la adolescencia a la adultez. Coursaba el último año de bachillerato y sentía en él un respaldo en medio de las carencias. De un modo algo abstracto, él era uno de los grandes ejemplos de su vida. Pero un día mi abuelo salió hacia una cirugía programada y no regresó. Ese es el relato que existe sobre el suceso. No hay una composición tan elaborada, ni la pluralidad de voces que emerge con la muerte de Rodrigo. La mayoría de mis tíos eran niños y los menores dicen no tener recuerdos muy claros sobre él. Entonces esa historia se aleja. O se me aleja a mí, que siempre me ha parecido remota. Un tiempo viejo, al que es más difícil acceder.

—Siempre le anduvo muy duro a Mary y a Rodrigo —me dice mi madre en algunas conversaciones—, pero conmigo papá siempre fue distinto. Más de hablar las cosas, más de preguntarme.

Mi madre le lleva poco menos de diez años a mi tío Fredy, que es el menor de los que aparecen en la foto en Neiva. Estábamos los tres cuando resultamos hablando del tema. Él tenía más ganas de conversar. Revivió la llevada de Rodrigo a la clínica porque estuvo con Gregorio y Mary ese día. Contó que, el sábado anterior a su muerte, Rodrigo le había regalado el reloj que usaba siempre. Un reloj dorado. Fredy estaba sentado en la sala cuando Rodrigo salía hacia las carpas que resguardaban la huelga en la sede de SOFASA. Le había pedido el reloj unas semanas atrás, como tentando la suerte, y Rodrigo no le había dado importancia al comentario. Entonces, el último sábado de su vida, llamó a Fredy desde la puerta de la casa, se quitó el reloj de la muñeca y se lo lanzó. Mi madre le preguntó si eso sucedió así, con algo de incredulidad. Fredy afirmó y allí inició una conversación entre ellos dos, de la que por un rato solo fui espectador. Mi tío le contó a mi madre que cuando se enteró de la muerte de Rodrigo cogió la bicicleta que compartía con sus hermanos y se fue a andar por el barrio toda la tarde. Fue hasta la casa vieja del Socorro. Cuando regresó a la casa había una delegación del Ministerio del Trabajo y acababa de llegar el director de SOFASA a darle las condolencias a mi abuela. Mi madre escuchó con mucha atención, como si fuera una historia nueva para ella, y no aportó más detalles.

Cuando Rodrigo llegó a la casa el domingo 19 de julio en la noche, mi madre y sus hermanas estaban en la sala escuchando música y bailando. Sonaba El Mochuelo en la radio, una canción que a Rodrigo le encantaba. Pero él no le puso mucho cuidado. Saludó con un gesto y siguió de largo.

—A mí me daba pereza cuando llegaba a la casa —dijo mi madre—. Siempre me preguntaba que qué hacía ahí y si me iba a quedar y que por qué no me iba para mi casa. Y yo le contestaba, yo no me quedaba callada porque yo no lo veía como la autoridad. Esa noche él se iba a quedar en la empresa, no lo esperábamos. Pero llegó pasadas las nueve de la noche. Serio. Ya venía mal y se veía cansado. Solo nos saludó y siguió derecho a saludar a mamá. Yo luego tuve remordimiento por muchos años, porque no me gustaba encontrarme con él. Era muy cansón conmigo. Pero también era raro. Justo unos días antes, cuando Laura cumplió dos años, él me le tomó las fotos de la fiesta que hicimos, y hay una foto en la que Laura tiene un vestido rosado y está frente a un espejo. Rodrigo se ve en el reflejo con la cámara. Adoraba a Laura.

Artículo cuarenta y siete: higiene, medicina y seguridad industrial.

La Empresa velará por el cumplimiento y el mejoramiento de las condiciones de trabajo y en concordancia con el Artículo 84 de la ley 9ª de 1979, con el Código Sustantivo del Trabajo, con el Reglamento Interno de Higiene y Seguridad y con los Decretos y Resoluciones vigentes, expedidos por el Ministerio de Salud, del Trabajo y Seguridad Social, sobre salud ocupacional incluyendo temas de Medicinas, Higiene y Seguridad Industrial, la Empresa estudiará la solución a las necesidades que se detecten.

Parágrafo uno: antes de transcurridos 90 días contados a partir de la firma de la presente Convención Colectiva, la Empresa se compromete a estructurar un programa de Salud Ocupacional, utilizando como fuente los decretos y resoluciones de los Ministerios competentes, así como la Convención Colectiva de Trabajadores y el reglamento interno de seguridad industrial y que integre entre otros aspectos los siguientes: i. Programa de medicina preventiva; ii. Exámenes médicos de ingreso, egreso y cambio permanente de ocupación; iii. Exámenes médicos, de diagnóstico y de laboratorio realizados de forma periódica.

—También me acuerdo cuando llegó —dijo Fredy—. Estábamos jugando microfútbol en el conjunto y él venía con Edwin. Solo lo vi pasar. Cuando subí a la habitación él ya se había acostado y a mí se me hizo raro verlo. Él se iba a quedar en las carpas de la sede de la calle 13, lo que ahora es Hayuelos. En la huelga del 85 yo que me quedé varias veces en las carpas con él. El me llevaba a mí o a Edwin a que lo acompañáramos y a aguantar frío toda la noche. Sí, esa noche él ya venía muy mal. Los días anteriores habían sido muy pesados.

En los momentos en los que se detuvo la conversación o se hizo lenta y titubeante, yo lancé las preguntas que tenía preparadas. Me sentía extraño haciendo esas preguntas. Era como forzar algo que siempre sentí muy natural y creo que tal vez a ellos les extrañó mi interés en revivir esta historia. Yo mismo sentía profundas dudas en revivirla. Qué afán de esculcar dolores y de contrastar versiones. Y justo allí volvió el temor por lo que escribo, por lo que debería escribir, por la forma. Y sentí el titubeo, vivo. De nada sirve si no sale algo bello. Aunque la belleza no es algo que brote con facilidad de mis palabras. Y cuando escribo, leo y releo y luego borro. Pero dejo algo, porque si no, la hoja me queda en blanco. Todo eso me pasaba por la mente mientras escuchaba la conversación y en un momento me quedé sin preguntas. Como estábamos en mi apartamento, pregunté si querían café y me levanté a preparar. Desde la cocina hice todo delicadamente para no hacer mucho ruido y seguir escuchando. La conversación continuó, fluyó. Fluyó como la sangre en la silueta humana del sistema circulatorio, como fluye de manera incansable el pensamiento incluso cuando uno quiere acallararlo, incluso cuando abre dudas y dolores. Como fluyó la sangre dentro del cerebro de Rodrigo, dándole vida y matándolo al mismo tiempo. Fluyó también porque sigue viva esa memoria. Entiendo mientras escribo estas palabras que la historia siempre ha estado allí. La historia vuelve a crearse con la misma facilidad con que se ha creado cientos de veces en cada recuerdo, en cada conversación. Solo

que en esta ocasión habrá un registro, porque espero cristalizar fragmentos para luego poder visitarlos y encontrar algo más. También entiendo que las dudas sobre la escritura, sobre las palabras que se van sumando, no va a dejar de existir. Entonces lo que queda por delante es escuchar, tomar notas y dejar que las voces se apoderen del relato.

Cuando regresé a la mesa con el café y unas galletas seguía agarrado del hilo de la conversación.

—Edgar no sabía o no se acordaba de lo del bus —le contaba mi madre a Fredy.

—¿Qué es lo de bus? —preguntó Fredy.

—Una vez tomé bus para ir al Socorro. Lo tomé ahí en Nuevo Kennedy. Ya estaba embarazada de Manolo y tenía a Laura en brazos. Casi no me puedo ni sentar porque, aunque no iba tan lleno, llevaba casi todos los puestos ocupados. Cuando por fin me acomodé en una silla, miré hacia la parte de atrás y Rodrigo estaba en la silla del fondo, mirándome. Sentado, con los brazos cruzados. Ni siquiera me saludó. Se bajó del bus una cuadra antes que yo. Y cuando llegué a la casa estaba en la sala sentado viendo televisión como si nada hubiera pasado.

—Era fregado, Rodrigo. Era muy radical con ciertas cosas —dijo Fredy y se rio. Ambos se rieron.

El 16 de mayo de 1984 varios colectivos estudiantiles de la Universidad Nacional de Colombia realizaron una protesta en memoria de compañeros asesinados, en particular de Chucho León Patiño. Iba a ser una protesta, pero también una fiesta. La respuesta desproporcionada del Estado, que irrumpió en el campus de manera agresiva y ejerció una represión brutal, terminó con la muerte de un número, aun sin establecer, de estudiantes. Las directivas de la universidad decretaron la terminación del semestre y el cierre del campus por lo que restaba de año. Mi madre estaba en su segundo semestre de pregrado. Había iniciado

sociología en el año 1983. Una elección de carrera que no me deja de sorprender aún hoy. Se graduó del colegio pocos meses después de la muerte mi abuelo y, en el primer semestre de ese año había regresado a Neiva como tutora en el Centro Huilense de Orientación Femenina. Es decir, como tutora de niñas y adolescentes que llegaban allí por actos de delincuencia, consumo de drogas u otro tipo de hechos. Mi madre trabajó en el Centro Huilense apenas unos días, escuchando historias de mujeres muy jóvenes, con vidas plagadas de violencia, soledad y abandono. Fue poco lo que pudo hacer por ellas, más allá de escucharlas y acompañarlas. Se sintió corta de palabras y se dio cuenta de que no tenía capacidad para aportarles más. Regresó a Bogotá y se presentó a la universidad. Ya desde finales del año 82 se había ennoviado con mi padre. Lo había conocido en el grupo juvenil en el barrio Grancolombiano. A ese grupo también asistía Rodrigo.

Cuando reabrieron la universidad en el primer semestre del año 1985, mi madre regresó embarazada de su primera hija y terminó el primer semestre de ese año a punto de parir, lo que la obligó a aplazar el siguiente semestre y eso a su vez hizo que se le embolalara la carrera. El siguiente año tuvo a su segundo hijo. Y ocho meses después se moría su hermano mayor.

Pienso en mi madre. En la seguridad con la que habla, en su tranquilidad. Cuando conversamos sobre el pasado lo hace en calma. No lo juzga. Pero no dejo de preguntarme por la dificultad para acceder a los recuerdos sobre esos momentos de su vida. Era un ser distinto. Si Rodrigo vivió sus últimos años de vida de manera tan intensa siendo tan joven, mi mamá en esos momentos era casi una niña. Una mujer joven, que muy pronto se vio responsable de dos vidas y se entregó a su crianza. No creo que mi papá estuviera del todo ausente, pero mi madre fue la encargada del cuidado, fue la persona que siempre estuvo allí. Terminó de convertirse en una mujer adulta mientras nosotros, mi hermana y yo, crecíamos. En el año 2006, veinticuatro

años después de haber iniciado y cuando sus dos hijos ya cursaban sus respectivas carreras en la misma universidad, obtuvo su título profesional como socióloga.

A pesar de los ires y venires, la conversación en la mesa del comedor de mi apartamento nunca abandonó su centro de gravedad.

Mary y Gregorio habían decidido que Fredy se quedaba en la noche acompañando a Rodrigo. Fredy tenía susto de quedarse solo con él. Al final de la tarde llegó Edgar, que venía con mi papá y su hermana mayor, mi tía Teresa. Mi tía estudiaba medicina en Cuba por esos años y estaba en Bogotá por casualidad. Ellos entraron a ver a Rodrigo. Después, Teresa le dijo a Fredy que se fuera con Edgar, que ella se iba a quedar esa noche. Fredy sintió un alivio profundo. La primera vez que escuché este fragmento fue en el año 2023, a los pocos días de la muerte de mi tía Teresa, después de que decidiera que le fuera aplicada la eutanasia. En un espacio de reunión en el que todos contábamos pequeñas anécdotas sobre mi tía, Fredy decidió contar esa y ese fue su homenaje. Allí reiteró su agradecimiento. La tarde en la que conversábamos con él y mi madre nos volvió a contar esa parte de la historia.

La noche del 20 de julio del 1987 mi madre se acostó en la cama de Rodrigo. Estaba con mi hermana y conmigo. No se logró dormir sino hasta la madrugada y escuchó la voz de mi tío Edgar cuando recibió la llamada de la clínica. Se puso atenta y, en la oscuridad de la habitación, respiró pasito, para capturar con el mejor detalle posible los sonidos que venían del primer piso de la casa de mi abuela. Escuchó cuando Edgar le hacía eco a las noticias que le daba mi tía Teresa al otro lado de la línea. Al principio poca claridad, porque Edgar no decía mucho. Pero pronto, como un agujijón, fue apareciendo la realidad. Rodrigo había perdido la vista y era incapaz de articular palabras. Estaba sin sentido y la posibilidad de que se recuperara era

prácticamente inexistente. Cada cosa que escuchó mi madre, abrazada a sus hijos, la sintió en el estómago, como un apretón, como una punzada. Y ese es tal vez el recuerdo más claro que conserva de ese día.

6

Creamos recuerdos. Tomamos fragmentos de la vida y les brindamos sentido y forma. Creamos a partir de un material lábil. Con la construcción de esta historia ha crecido mi interés por la producción y conservación física de los recuerdos. La fisiología de la memoria. El cerebro tiene un complejo entramado de caminos que se encargan de su cuidado. Casi una quinta parte del esfuerzo que realiza el corazón lo hace para bombear la sangre que alimenta a la masa encefálica. Esta sangre es bombeada a través de las arterias, cargada de oxígeno, glucosa y otros nutrientes. Caminos infinitos que funcionan con alta precisión. Una maquina casi perfecta. Los vasos sanguíneos se regulan a sí mismos para cuidar cada porción ante cualquier cambio abrupto.

Allí, en esa masa protegida, se conserva aquello que nos permite indagar quienes somos, visitar nuestro pasado y afianzar nuestros afectos. Recordamos por una secuencia de encuentros moleculares, por neuronas que se acercan al punto máximo al que les es posible llegar sin tocarse entre ellas, y se comparten impulsos eléctricos que transforman su química. Así, almacenan información. El cerebro posee cerca de cien mil millones de neuronas. Un universo de dimensiones incalculables. Pero solo una pequeña parte de ellas cumple la función de conservar la memoria. No conservan hechos, conservan fragmentos dispersos, porque solo fragmentos capturamos con nuestros sentidos. Recoger todas esas pequeñas piezas que van quedando alojadas en nuestro ser y contarnos una historia nos constituye como seres humanos.

Recordamos. Creamos Recuerdos. La escritura de este relato parte de esa tarea. He recogido fragmentos y los he juntado con los propios a fin de tejer un relato.

Parto de esos fragmentos en cada vuelta al centro de gravedad: la explosión de la aneurisma. Porque los relatos que van surgiendo no se acomodan o disponen linealmente. Se agrupan en torno a ese centro y desde allí viajan en diferentes direcciones. Pasado y presente en una sola masa. Distintos pasados que divergen y explotan como ramificaciones arteriales. Cada relato crea sus propios caminos. Cada persona que me ha regalado sus recuerdos se quiere explicar, a sí misma, cómo esos hechos, ese pasado en capas, la llevó al punto desde el que relata. Entonces los recuerdos se hacen no solo creación, sino interpretación. El sentido de esos recuerdos surge como un esfuerzo de ordenar el caos y de hacer secuencial lo aleatorio.

Las fotografías familiares han proliferado a la par de mis indagaciones. De la mano de las preguntas que he hecho se ha creado un archivo que crece y toma su propia forma. Un archivo en el que se van sumando grabaciones, documentos y fotografías. La familia envía imágenes. Fotografías tomadas a fotografías que estaban repartidas en los distintos hogares que se han desperdigado por la ciudad de Bogotá, que fueron duplicadas en imágenes digitales y ahora se agrupan en una carpeta con un nombre que más o menos indica su contenido. Ha aparecido la tarjeta de identidad de Rodrigo, su cédula y su carné de trabajador de la SOFASA. Nunca antes las había visto. La Convención Colectiva sigue siendo el punto de inicio de ese archivo. Todo se agrupa en torno a ella. Tiene la doble condición de ser un documento y al mismo tiempo la imagen de mi tío congelada. No es un documento vigente en términos legales, pero es el sustrato de su lucha. De alguna manera las palabras allí puestas, con sentido práctico y con afán de formalizar un acuerdo, abren un horizonte de sentido que entabla un diálogo con mis palabras.

En su libro, *Autobiografía del Algodón*, Cristina Rivera Garza se pregunta: *¿De qué manera se llevan a cabo las grandes transformaciones sociales en la piel propia? ¿Qué empuja*

a unos a dejarlo todo atrás en pos de proyectos que sólo asoman su cara hacia el futuro? ¿Cómo se va entretejiendo en las células del amanecer la rabia que conducirá a la huelga o al éxodo, y, después o antes, a la fuga? Siento que esas preguntas me interpelan y me ayudan a ver con ojos distintos las imágenes que proliferan. Luego dice Rivera Garza: Las historias verdaderas no se cuentan. Las historias de verdad viven antes de la articulación y más allá de la herida. Debido a, y no a pesar de. Persisten y sobreviven precisamente porque casi nunca se dicen en voz alta—un jadeo apenas (...). O porque se dicen de poco a poco, en fragmentos, astillas filosas que viajan a través del tiempo.

¿Dicen algo las fotografías? ¿Hay en ellas astillas filosas? Tengo en la pantalla de mi computador una en la que aparecen diez niños. Siete están montados sobre un carrito para mover mercancías y van empujados por uno que se ve mayor al resto. Al costado de la foto hay dos niños más. De uno de ellos solo se alcanza a ver un brazo. No conozco sus nombres y no sé prácticamente nada de ellos. Los niños que están en el carro tienen letreros hechos en octavos de papel bond y letra en marcador oscuro en el que se leen frases como: “Viva la segunda huelga”, “Apoyamos la huelga de los trabajadores de SOFASA” y “Con nuestra unidad venceremos la intransigencia patronal”. La foto recrea un pequeño performance que se cuele entre la seriedad de las otras fotos de la huelga. No creo que los protagonistas de la foto entiendan del todo lo que están haciendo. La escena fue elaborada para crear un registro. Probablemente la foto fue tomada por mi tío Rodrigo e hizo parte de su propio archivo personal, del registro que el mismo estaba haciendo de ese proceso arduo. Un archivo para ser revisado en un futuro que para él no existió, pero que seguramente se encontraba en su horizonte. Había un empeño en mirar hacia atrás y ver el resultado del esfuerzo descomunal. Una astilla imposible de obviar.

¿Cómo se fueron entretejiendo las células de su propia rabia? ¿Cuál habrá sido el último pensamiento que logró destinar a la huelga? Me hago a la idea de que el dolor que sintió mi tío en sus últimas horas se debió haber partido en pedazos. En sus últimos instantes de conciencia debió haber sentido culpa por abandonar una lucha agotadora, que lo había llevado a ese punto. En algún momento tuvo que haber pasado por su cabeza la imagen de mi abuela y los hermanos que dejaba. Tal vez no alcanzó a pensar que los dejaba.

Tengo tatuado en mi antebrazo derecho un fragmento del “Canto a Mí Mismo” de Walt Whitman. Son unas pocas líneas que me estampé hace más de quince años. Las letras siguen intactas en tinta negra sobre la piel:

*“My respiration and inspiration
the beating of my heart...
the passing of blood and air through my lungs”*

La sangre que nos recorre como un tema. Como un interés que se ha reproducido y encuentra la forma de brotar. Que se ha hecho correlato. Inicia por el recuerdo propio y se encuentra con el recuerdo ajeno. En el recorrido se hace también interpretación, sistema circulatorio. En el camino se ha hecho insuficiente redactar lo contado por otros. Porque la búsqueda trasciende la pura redacción de los fragmentos. Dar forma y sentido a las voces que cuentan e intentar jalar el hilo de ese complejo entramado, formado por los relatos, como el entramado de arterias y venas que cuidan el cerebro, protege nuestra memoria y la manera en que esa memoria nos constituye. Los fragmentos que el cerebro recoge y almacena solo cobran sentido en la formación de un relato que es el hilo que sacamos de la madeja para guiarnos a nosotros mismos, pero la belleza está en la multiplicidad de los recuerdos e imágenes que se crean y recrean. La explosión de la aneurisma fue una tragedia vivida intensamente por quienes se vieron atrapados por su fuerza. Al mismo tiempo fue el nacimiento de un universo que solo

se interpreta a partir de ese hecho. Tragedia y creación como un ciclo. Jalo de ese hilo para contar esta historia.

7

Mi abuelo se murió en el año 1982. Murió en una cirugía a corazón abierto el 11 de mayo de ese año. Con este hecho mi tío Edgar retomó su historia esa mañana en la que conversamos en la sala de su casa. El vacío que dejó su muerte fue violento y esa estabilidad precaria que se había alcanzado con el trabajo de Rodrigo se desbarató. La decisión misma de vivir en Bogotá, de enfrentar la vida en la ciudad, había sido de mi abuelo, justamente por el trabajo que había conseguido. Entonces, su muerte fue un naufragio y la necesidad de recomponer todo obligó a mis tíos, especialmente a los que ya habían asumido una carga frente al hogar, a agarrar los pedazos y seguir adelante con el dolor a cuestas, con el duelo enredado en las necesidades diarias. La responsabilidad que Rodrigo había asumido no hizo más que crecer. Aquí vuelve la sangre, vuelve el cuerpo y sus caminos internos. En el caso de mi abuelo fue el corazón. El corazón es el centro de la representación del sistema circulatorio. El punto en el que, en la silueta humana, se multiplican las vías pintadas de rojo y azul y se densifica la imagen. No conocí a mi abuelo y hoy en día me sigue pareciendo un imagen lejana y hermosa, armada en parte por una fotografía en la que está él con mi abuela, muy elegantes ambos, con el Santuario de las Lajas a sus espaldas. Edgar decidió profundizar en esa imagen, en mi abuelo, ir al lugar en donde se hace denso el pasado, como el corazón representado en la silueta y sus caminos internos. No a un momento específico de la historia, sino al marco de lo que fue su vida.

—Papá era un hombre soñador. Y claro, acá toca hablar de lo que nos dejó, más allá de lo material. Papá a la edad de treinta y cinco años había montado cooperativas campesinas. Con quinto de primaria y con once hijos, lideraba procesos de organización social, como la Organización Cooperativa de Neiva. O como en La Plata, donde montó un barrio. Recuerdo que las actividades de ese barrio se pagaban con rifas que hacíamos. Salíamos los mayores con un talonario a vender boletas en las tiendas y cantinas y los sábados, sagrado, se entregaban los premios. Y cuando se fundó el barrio y le ofrecieron una casa, él no aceptó; como no aceptó un pedazo de tierra en el proceso campesino de Los Rosales en Campoalegre que también había ayudado a montar. Esos son aprendizajes que entran como por los poros. Mis tíos decían: su papá de dónde sacó todas esas ideas maricas. Porque papá era godo, era conservador. Pero con el paso de tiempo creo que se fue convirtiendo como en un socialista criollo. Condenaba la lucha armada, pero le causaba algo de fascinación. Era un hombre de servicio, que se había formado con los claretianos y los curas llegaban a la casa a hacerle consultas. Porque papá, cuando trabajó con la Federación Agraria Nacional, se articuló con el movimiento estudiantil, con el movimiento de barrios y con el movimiento agrario. Y en el trabajo se volvió experto en asuntos campesinos. Yo trabajé ocasionalmente en la Cooperativa en Neiva, mientras Rodrigo trabajaba en una fábrica de velas. Y descubrí cómo se sacaba plata de ahí. Entonces yo me ganaba en un día de trabajo lo que Rodrigo se ganaba en un mes, y él me pedía que le hiciera campo para ir algunos días a trabajar allá. Esa navidad fue la primera vez que le di regalos a todos mis hermanos, porque yo iba ahorrando lo que me sacaba. Pero un día estábamos cenando y papá muy serio me dijo que yo no podía volver a la Cooperativa. Y después solo me dijo: “eso no se hace.” Para mí fue duro porque yo pensaba que lo estaba haciendo por la familia y de algún modo por papá. Yo creo que siempre fui mucho más cercano a papá que a mamá. Le sentía mucha confianza y respeto. Pero él le andaba muy duro a Mary y a Rodrigo, entonces creo que

ellos eran mucho más pegados a mamá. La segunda vez que le di regalo a mis hermanos fue justamente el año que murió papá. Con la liquidación que recibí ese año me fui para el San Andresito de la treinta y ocho y le compré regalo a todos. Pensaba que eso iba a amortiguar la ausencia. Cuando salí del San Andresito apenas me quedaba lo del bus.

Hasta ahí llegó el desvío por mí abuelo como tema. Mi tío estaba satisfecho con sus palabras y con el lugar que le había dado a su padre. Si él, por cuenta propia, no hubiera tomado esa ruta a mí no se me hubiera ocurrido preguntar por ella y eso es en sí mismo una pregunta que me hago yo. ¿Por qué? ¿Por qué no había hecho ninguna pregunta sobre mi abuelo? ¿Es una figura más intocable, demasiado lejana? También tiene que ver con el costado del hilo del que he decidido jalar para guiarme. Confío en que cada conversación me permita llegar a lugares por los que ni siquiera se me hubiera ocurrido indagar, dejar que sea el entramado el que se imponga en momentos y yo moldearlo. Usar esa materia, que vuelve y se deja arrastrar por la fuerza del centro de gravedad que he escogido y que se impone en la conversación, incluso cuando parece que se ha distanciado.

Mi abuela era la encargada del cuidado, el pilar del hogar, y lo siguió siendo en medio de la necesidad. De hecho, esa es la imagen que yo construí de ella durante mi infancia y adolescencia. Pero ese arduo trabajo nunca fue remunerado. Sin mi abuelo, los pesos que sumaban los hijos no daban para llegar a fin de mes. Tenían una máquina de coser que les había dado a guardar la hermana mayor de ella. Nadie la usaba y hacía poco más que estorbo. Durante muchos meses, cuando las cuentas de la casa llegaban a cero, Rodrigo y Edgar la empeñaban. Los imagino a los dos, de jean y botas, caminando por las calles embarradas del Socorro, con ese peso propio del domingo en la tarde, pasando por la plaza y llegando a la calle donde encontraba la compraventa. Rodrigo esperaba a una cuadra, porque no le gustaba entrar, y Edgar

iba y la dejaba empeñada por lo que le dieran. Con el primer pago que llegara, viniera de donde viniera, se sacaba la máquina para un nuevo momento de necesidad. El recorrido de la máquina de coser entre la compraventa y la casa marcó por varios meses el ritmo de la subsistencia.

Como el ritmo de la máquina, escuchar a mi tío Edgar contar su historia es escuchar un ir y venir entre los recuerdos, pensamientos, incluso descargos ante la vida misma. Es recorrer con él los caminos del Huila y frase seguida regresar a Bogotá. Es escuchar de juegos y alegrías y luego de los fracasos y derrotas. Y claro, es escuchar cómo se fue transformando su relación con Rodrigo, de los momentos en que su amistad se hizo fuerte, pero también cuando se alejaron.

—Yo me iba a ir a estudiar medicina a la Universidad de Antioquia. Tenía amigos en Medellín y ellos me estaban animando. Hasta me enviaron el formulario de ingreso. Me dijeron que lo llenara y que se los enviara y ellos hacían la vuelta allá. Yo le mostré el formulario a Rodrigo y él me recordó que habíamos acordado, justo cuando murió papá, que nos íbamos a quedar en la casa para sacar adelante a la familia, al menos hasta que Diana y Edwin, los menores, terminaran el bachillerato. —Mi tío se quedó un momento en silencio, suspiró, hizo una sonrisa pícaro y después dijo—: Pero el pendejo no cumplió porque se murió.

Las pesadillas de Rodrigo lo hacían quejarse en sueños. Cuando lo despertaba, él no recordaba el quejido y solo le quedaban algunas imágenes y el rezago del terror que sentía. Eso pudo haber tenido relación con su muerte, que allí estuviera el germen oculto en su cerebro. De no haber sido por la aneurisma, tal vez el final de la vida de Rodrigo hubiera sido violento, tal vez esas amenazas que cargaba encima lo hubiesen alcanzado. Y ese *hubiera*, ese *tal vez*, le produce a Edgar alivio. Mejor que haya muerto así. La violencia se cuela en el relato no como una coincidencia o algo puramente superfluo. No es un asunto menor. La violencia se cuela porque, mientras Rodrigo recibía las amenazas, en el país se exacerbaba la represión contra todo aquello que cuestionara los poderes establecidos. Y sé que esa violencia no solo impactó de

manera directa en el movimiento social y sindical y estudiantil, sino que generó respuestas y cuestionamientos profundos dentro de estos movimientos. Produjo radicalización en un contexto en el que la militancia armada de izquierda crecía ampliamente y crecería aún más durante la siguiente década, a la vez que crecía la violencia de parte de las instituciones hasta profundizar el río de sangre del que aún no salimos. Y me pregunto hasta dónde indagar en ese *hubiera*, porque es genuino y trae consigo capas de claros y oscuros que son difíciles de abrir.

Después mi tío se metió por el tema del sindicato. Lo que alcanzó a comprender de aquello que ocurría adentro. Existía una enorme presión externa tanto de la empresa como del Ministerio por apretarlo y asfixiarlo a fin de reducir las exigencias. Hacer más sencillo el proceso y convertirlo en trámite, solucionar un par de asuntos logísticos de los trabajadores y poco más. Pero, a su vez, el sindicato era un caldero hirviendo. Las jornadas internas de debate eran pequeñas batallas en el que los sectores que los conformaban, y aquí la proverbial capacidad de la izquierda de fracturarse hasta su mínima expresión hace acto de presencia, buscaban ser la fuerza dominante y tener la voz más amplia hacia el público. Posturas radicales se enfrentaban entre sí y la moderación solo salía a luz con el pragmatismo al que obligaba poner una, y solo una postura, frente a la mesa de negociación en la que el tiempo les jugaba en contra. Cada día de huelga se pagaba con altos costos y ese era su costado más débil. Durante las últimas semanas de su vida, Rodrigo tuvo que contar cada día de huelga con el desgaste que implicaba y ver reducidas las posibilidades de maniobra en ese ritmo. Porque sabía que la huelga no era la mejor opción. Paralizar las tres plantas de producción, Bogotá, Boyacá y Antioquia, exigía un desgaste extremo y un costo muy alto que en parte ellos tendrían que asumir. Pero en la última asamblea general que presidió fue la posición que se impuso y él asumió esa decisión colectiva con la responsabilidad absoluta de llevarla a sus últimas consecuencias.

Pregunté por el proceso político de Rodrigo. Llevaba tiempo pensando en ese tema y quería que fuera mi tío Edgar el que me contestara esa pregunta. ¿Qué hizo que en tan pocos años Rodrigo alcanzara ese liderazgo y decidiera asumir la responsabilidad de ser el presidente de un sindicato que agrupaba a más de mil quinientos trabajadores? Mi tío pensó un momento y me pidió una espera para contestar con más calma. Hicimos una pausa mientras uno de los gatos de la casa se metió por la ventana y atravesó la sala como en cámara lenta.

—Rodrigo tuvo muchas dudas con mantenerse en el sindicato. En el 85, cuando era vicepresidente, fue a una asamblea convencido que iba a renunciar. Cuando llegó ese día de la asamblea, lo vi apesadumbrado. Pensé que le habían dado duro por la renuncia. Casi me voy de para atrás cuando me contó que lo habían nombrado presidente y que no había podido negarse. Claro, a Rodrigo eso le gustaba y creo que él tendía puentes entre sectores contrarios. Además, tenía mística. Le ponía mística al tema, a todo lo que hacía. En su formación, el SENA jugó un papel muy importante. El SENA siempre ha tenido un rol político y los pelados eran muy combativos. Y eso que Rodrigo corría entre el estudio y el trabajo todo el tiempo. Pero creo que el estudio fue importante. Y luego vino la formación sindical. El sindicato formaba a los trabajadores. Había escuela y Rodrigo mostró condiciones muy pronto. Y eso que era una época dura, vivíamos con miedo. Pero antes de todo eso, estuvo la influencia de papá. Papá siempre estaba pensando en la organización comunitaria, en llegar a los barrios a hablar con la gente y que la gente se organizara. Eso marcó a Rodrigo y me marcó a mí.

La noche del 20 de julio de 1987, Edgar se quedó en la casa de mi abuela. Pensaba que al día siguiente vería a Rodrigo, que seguro estaría mejor, y que todo volvería a su curso normal. No lograba dormirse y alrededor de la media noche contestó la llamada que hacían desde la clínica. Edgar, que asumió la imposición de ser el hermano mayor en ese momento, recibió la noticia sobre el estado de Rodrigo. Al otro lado de la línea estaba mi tía Teresa, que se había

quedado cuidándolo. Ella tenía una amistad profunda con Rodrigo, de tiempo atrás, y había entendió muy rápido que lo que sucedía era muy grave. La última conversación que Edgar había tenido con su hermano le había dejado una sensación de tranquilidad, pero en esa llamada mi tía le contaba que Rodrigo había convulsionado dos veces y que finalmente había perdido el sentido. Edgar repitió algunas de las frases y preguntó para entender mejor. Sus palabras a ese lado de la línea informaron a sus hermanos, sin que en ese momento él lo supiera, del estado de Rodrigo. En la mañana del 21 de julio el cerebro ya había muerto. Cuando Edgar llegó a la clínica, lo vio conectado a los aparatos, le habló y se despidió de él sin recibir respuesta.



8

El 5 de mayo de 1988, Juan Diego Arango, el mismo que diez meses antes recibió la llamada en la que se confirmaba la muerte cerebral de Rodrigo en medio de la reunión en el Hotel Tequendama, fue asesinado muy cerca de su casa en el municipio de Sabaneta en Antioquia. Este hecho es una pequeña vena, uno de esos caminos alternativos que a veces sale en el relato. La silueta del sistema circulatorio perforada por balas; pequeños orificios por los que se vacían los caminos azules y rojos. Cuando se habla de Rodrigo y de las huelgas del 85 y del 87, se habla de Juan Diego; cuando se habla de las palabras el día del velorio de Rodrigo, se habla de Juan Diego. Era uno de los mejores amigos de Rodrigo y uno de los firmantes de la Convención Colectiva. Un hombre de bigote espeso, cabello largo y boina. Aparece en algunas fotos con mi tío, las fotos en las que se ve más adulto. Hay una precisa, una foto de una reunión del sindicato en la que seis personas están sentadas alrededor de una mesa en forma de U. Rodrigo está al lado de Juan Diego, lleva bléiser café y camisa blanca. Las seis personas están revisando un texto, cada uno con una copia sobre su puesto. Nadie mira a la cámara, cada uno parece imbuido en su propio mundo.

El asesinato de Juan Diego no fue un hecho aislado. No fue algo aleatorio o una tragedia confinada a su hogar y su familia. A pesar de que la memoria de este hecho se encuentre limitada a los recuentos que hacen organizaciones como la Escuela Nacional Sindical y poco más, nos

habla de un momento de Colombia y también de una trayectoria de conflicto armado y violencia. No fue un hecho aleatorio porque no se dio en un contexto de anomia social, o de violencia generalizada y sin lógica, como muchas veces se quiere interpretar lo que sucede en nuestro país. Como si acá la gente se matara por una especie de locura colectiva. Pasiones incontenibles y emociones sin tramitar. Por el contrario, se dio en un periodo de nuestra historia reciente marcado por el exterminio de las luchas sociales. De las luchas campesinas, sindicales y estudiantiles. De las luchas que pedían inclusión y participación política ante un régimen que permanecía cerrado para cualquiera que no perteneciera a ninguno de los dos partidos hegemónicos. También de violencia armada y radicalización de dichas luchas. Y entonces me doy cuenta de que la violencia es una variable que no quiero postergar más. No solo porque sale por cuenta propia cuando repaso la vida de mi madre o las indagaciones hacia el pasado de mí tíos, sino porque fue un factor esencial en mi trayectoria de vida, como lo pudo ser en la vida de toda mi generación. No creo que sea inevitable que salga en mi escritura, en este escrito en particular. Con todas las dudas a cuestas, hago un esfuerzo porque salga y complemente aquello que he venido recogiendo en las conversaciones. Al seguir ese hilo rojo y azul como las venas y las arterias representadas en la silueta humana, la idea de que Rodrigo hubiera podido ser asesinado toma una forma distinta. Él mismo vivía con temor cuando una moto le pasaba cerca o sentía que alguien se quedaba mirándolo desde cualquier esquina. Porque la violencia estaba allí, asomada, respirando sobre la vida de los líderes sindicales que firmaron la Convención Colectiva del 87. Y estos líderes y los sectores políticos que representaban no eran sujetos pasivos azotados por la amenaza del sicariato, sino que tenían plena conciencia de que la vía armada existía en el país. El sindicato estaba sumamente politizado, con posturas que se disputaban la hegemonía interna, en el que el contenido de las discusiones y las distintas formas de la lucha no eran ajenas.

Artículo cincuenta: derechos y garantías sindicales.

a. SINTRASOFASA tiene el derecho a redactar sus estatutos y reglamentos administrativos, el de elegir libremente sus representantes, el de organizar su administración y actividades y el de formular su programa de acción libre y autónomamente.

En los términos establecidos por la ley 72 de 1976 la Empresa se abstendrá de todo acto de injerencia, directamente o por medio de sus agentes o miembros, en el funcionamiento o administración de
SINTRASOFASA

Se considera como acto de injerencia las medidas que tiendan a fomentar la constitución de organizaciones de trabajadores controlados por la Empresa, con el objeto de colocar estas organizaciones bajo el control de la empresa.

. No represalias: La Empresa se compromete a no tomar represalias contra los trabajadores en relación con los hechos relativos a la tramitación del pliego de peticiones, la huelga, la firma de la Convención Colectiva, la participación en reuniones de los comités y sub-comités obrero-patronales, así como contra los trabajadores elegidos por las asambleas como delegados durante el tiempo de desempeño de su cargo y en razón de las actividades que les corresponde como delegados.

Violencia pública, violencia política, violencia paramilitar. No es fácil ponerle un apellido. La guerra sucia y la respuesta insurgente. El ciclo inagotable de causas y consecuencias. El exterminio físico de la diferencia como una variable que persiste. Me pasan por la cabeza mi periodo de estudiante de ciencia política en la Universidad Nacional y paralelo aparecen los dos periodos del gobierno de Álvaro Uribe, en los que la violencia se hizo discurso contra cualquier cosa que no respirara a su son. Recuerdo haber marchado con mis compañeros de pregrado en el año 2008 en contra del paramilitarismo y haber recorrido, con camisetas negras estampadas en screen en la Plaza Che, la ruta que va desde la Nacho, saliendo por la carrera 30 y subiendo por la calle 45, luego tomando la carrera séptima, abarrotada de personas, hasta llegar a la Plaza de Bolívar. Marchábamos con miedo, pero la compañía de una multitud de la que hacíamos parte nos hacía sentir seguros, con la sensación de que marchábamos de la mano de lo correcto. Todavía hoy lo siento. Marchábamos también con alegría. A pesar del color de las camisetas, el ambiente era festivo y nosotros repetíamos consignas que no hacían más que profundizar la sensación de grupo, de ser parte de una masa viva que agitaba así fuera por unos instantes el centro de Bogotá. Esa marcha sí llegó a su meta, no como otras que fueron dispersadas a punta de gases lacrimógenos a medio camino. Se dio en un país que todavía estaba inundado por masacres y desplazamientos masivos, pero también en un país en el que el pensamiento disidente estaba profundamente arrinconado ante la unanimidad a favor de la guerra que se respiraba a diario.

Más atrás aparecen en una nebulosa los largos años de la década de los noventa en los que viví mi infancia. Recuerdo que la última vez que se prendió el radio de la mañana en mi casa fue cuando asesinaron a Jaime Garzón en el año 1999. Tengo presente la expresión de dolor en el rostro de mi papá cuando se enteró del asesinato de los investigadores del CINEP Mario Calderón y Elsa Alvarado en el año 1997. Recuerdo con poca nitidez haber marchado tomado

de la mano de mi madre, mientras escuchaba consignas en las que lo único que se pedía era que no mataran más personas. Porque esas fueron las exigencias tanto en el 2008 como en 1997, que no se mataran más personas. Que estático, limitado y arrinconado tuvo que haber estado el movimiento social durante esos años para que esa fuera la mayor exigencia. No nos maten, no maten más. Y aún me retumba en los oídos la voz de Aida Avella, tal vez porque cada cierto tiempo vuelvo a la grabación, instantes después de que su vehículo recibiera el disparo de un rocket en plena autopista norte de Bogotá. “Hagan algo, por favor hagan algo”, decía Avella en un grito desesperado. Este hecho se convirtió en una especie de cruenta conclusión del genocidio que vivió la Unión Patriótica durante más de una década.

Dice Nona Fernández, en un pequeño libro llamado *Space Invaders*, algo que, aunque traído de otro contexto cercano y doloroso, pone en palabras justas la sensación de esos años: *El tiempo no es claro, todo lo confunde, revuelve los muertos, los transforma en uno, los vuelve a separar, avanza hacia atrás, retrocede al revés, gira como en un carrusel de feria, como en una jaula de laboratorio, y nos atrapa en funerales y marchas y detenciones, sin darnos ninguna certeza de continuidad o de escape.*

De la violencia de los ochenta no recuerdo nada. Pero volver a ella ha sido en momentos de mi vida una obsesión. Era la incubación de algo peor, la muerte y la represión desmedida, la deslealtad de las instituciones con la precaria democracia. Entonces, las causas de la explosión de la pequeña bomba que se formó en el cerebro de Rodrigo se hacen complejas. Ya lo había escrito, no hay al respecto una verdad. La negociación y la huelga. Pero también el olor a sangre que debía inundar la vida cotidiana, la sensación de estar jugando con reglas amañadas, de poner en riesgo demasiado por resultados inciertos. La carga que tenía ese muchacho de veintisiete años era enorme. Transcendía su sacrificio cotidiano. Asomarme al umbral en el que me situaban las palabras de mi tío Edgar sigue siendo una tarea difícil. Tal vez la única posibilidad hacia

adelante sea cargar de sentido, a través de esta escritura, eso que está más allá de ese umbral. Traspasarlo de forma distinta, traerlo al presente, que es lo que finalmente intento hacer: traer al presente un pasado que no está intacto, sino que se ha reinventado a través de distintas voces de las que acá va quedando tan solo un sustrato, que a su vez yo utilizo como materia prima y por lo tanto transformo.

Juan Diego Arango pronunció palabras en nombre del sindicato en la velación de mi tío. Las capillas del Apogeo, en la Primera de Mayo con Boyacá, se inundaron de personas, de coronas fúnebres, de arreglos florales y de consignas. Paralelamente se hacía sepelios simbólicos en las sedes de SOFASA en Antioquia y en Boyacá. Los tres eventos quedaron registrados en video. Mi tío Fredy recuerda un momento muy particular de ese día.

—Juan Diego estaba cerca al féretro de Rodrigo. Estaba inclinado hacia él, hablándole. Había mucha gente alrededor, pero él estaba junto al cuerpo. Era un momento íntimo de despedida, supongo yo. De pronto se alejó con violencia del féretro y retrocedió aterrorizado. A gritos enteros, dijo que Rodrigo había abierto los ojos y lo había mirado fijamente. A la vista del resto, los ojos seguían cerrados, pero Juan Diego insistía. Decía que Rodrigo le quería decir algo. Yo me asomé y solo vi a Rodrigo, su rostro descubierto y la bandera de SINTRASOFASA cubriendo el resto del féretro. Los compañeros del sindicato se llevaron a Juan Diego afuera de la funeraria para que tomara aire.

Tal vez vio a la muerte misma que ya lo tenía marcado.

Las exequias de Rodrigo fueron en la Iglesia de San Juan de la Cruz, en el barrio el Grancolombiano. El cortejo fúnebre desde la Primera de Mayo hasta la iglesia se transformó en un río de gente. Miles de personas acompañaron la despedida. El video en el que quedó registrado pasó de mano en mano entre mis tíos, hasta que se perdió. Una pieza crucial del archivo no existe o no la he podido encontrar. Si alguna vez lo vi, que pudo haber pasado, no

recuerdo nada. Hace unas pocas semanas, mi madre me escribió por WhatsApp. Lo primero que puso fue un enlace de Facebook que dirigía a un video de Joan Manuel Serrat, muy joven, en el que interpretaba Elegía a Ramón Sijé, el poema de Miguel Hernández. Este es solo un fragmento del poema:

*Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.*

*No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.*

*Ando sobre rastros de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.*

*Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.*

*No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.*

Luego mi madre me escribió: “Hijo, este tema ambientaba el video del sepelio de Rodrigo, el video de VHS”.

Bibliografía

- Álvarez, Juan. “Inventar el Archivo”. Revista digital Thesavrvs, Revista digital del Instituto Caro y Cuervo Número 60 - Julio 2020 - junio 2021
- Costamagna, Alejandra. El Sistema del Tacto. Anagrama, 2018.
- Fernández, Nona. Voyager. Penguin Random House, 2019.
- Quian Quiroga, Rodrigo. Qué es la memoria. Ariel, 2018.
- Rivera Garza, Cristina. “Desapropiación para principiantes”. Revista digital Thesavrvs, Revista digital del Instituto Caro y Cuervo Número 60 - Julio 2020 - junio 2021
- Rivera Garza, Cristina. Autobiografía del algodón. Penguin Random House, 2022.
- Zambra, Alejandro. Formas de volver a casa. Anagrama, 2011.